

SANTOS, Juliá: *Historia de las dos Españas*. Madrid: Taurus, 2004

No es fácil encontrar libros que respondan a la ambición de intentar dar cuenta de dos de los grandes ejes articuladores de la historia contemporánea de España, el relativo a los grandes relatos sobre España misma y el que se refiere al decisivo papel desempeñado en ellos por los escritores públicos, por los intelectuales. Menos fácil aún es que este reto, tan ambicioso como necesario, haya sido superado con éxito por el autor de este volumen.

Santos Juliá lo hace además, con la brillantez que le caracteriza, para dibujar con trazos sólidos la sucesión, alternancia, interrelaciones, enfrentamientos y recomposiciones de los grandes relatos de la España contemporánea, desde la revolución liberal hasta prácticamente nuestros días. Y junto a ello, el papel cambiante de los intelectuales en la articulación de dichos relatos, desde el momento en que aún no tenían tal apelativo —los intelectuales «antes de los intelectuales»—, hasta el momento actual en que muchos certifican la desaparición de tal sujeto. Opinión esta última que, justamente, no comparte el autor. Aunque, eso sí, anote, y esto apunta a una de las tesis centrales del trabajo, que su tiempo como inventores de grandes relatos ha pasado a mejor vida (p. 20).

El libro, en efecto, arranca con la invención de una tradición, de un gran relato de la historia de España, por parte de los escritores públicos del liberalismo enfrentados a la necesidad de narrar la

gran gesta de la Guerra de la Independencia como un levantamiento popular por la libertad y por la independencia, como una revolución que debe ser contada en tanto que emanación de una tradición española inventada al efecto. Aquella que, tomando argumentos de distintas procedencias, construye la idea de un pasado medieval hecho de libertades y progresos sin fin hasta que se vio torcido por la irrupción de una dinastía extranjera, la de los Austrias, que destruyeron las libertades para embarcar al país en absurdas batallas internacionales que terminarían por desangrarlo y precipitarlo en la ruina, en la decadencia. Sería la primera formulación operativa de la idea del «exterior» —negativo, omnipresente en lo sucesivo, como bien subraya el autor, en prácticamente todos los relatos—. Y frente a ese exterior, lo interior y genuinamente español, un pueblo capaz de despertar, defender su independencia y hacer la revolución. Es imposible recrear aquí la riqueza de matices con que el autor reconstruye la evolución de este gran relato, desde el momento de las grandes esperanzas al de las frustraciones de un proceso revolucionario que difícilmente respondía a aquellas. A destacar, en cualquier caso, el modo en que se constata cómo a lo largo del tortuoso proceso de la revolución española, el gran relato liberal fue dejando más y más espacio a lo que no tardaría en convertirse en otra gran constante: la decadencia española tenía también mucho que ver con su provocado aislamiento respecto del exterior, de la corriente general de las ideas europeas. Es también a lo largo de dicho tortuoso proceso cuando se fue configurando el otro

gran relato, el católico, que vuelve literalmente del revés al anterior. Lo hace, además, desde Balmes a Menéndez y Pelayo, apoyándose, como se subraya oportunamente, sobre el mismo eje: lo genuino español frente al exterior negativo, las gestas de un pueblo que sabe enfrentarse cuando es necesario a su destino. Sólo que aquí, lo genuino es lo católico y lo exterior la Ilustración y las grandes corrientes del pensamiento moderno europeo. La gran gesta popular de la Guerra de la Independencia se troca en una defensa acérrima del rey, la patria y la religión. Y la decadencia española no sería ya la consecuencia del aislamiento de las grandes líneas del pensamiento europeo sino la de su penetración, disolvente del núcleo mismo de su unidad y grandeza: la esencialidad católica de la nación española.

Tras la experiencia del sexenio democrático, los trastornos se convirtieron en frustraciones, y las esperanzas un día depositadas en la revolución dejaron paso a la idea de una decadencia de la nación que arrastraba consigo al pueblo. Siempre abiertas a la influencia francesa, como bien subraya el autor, los intelectuales españoles encontraron en su propio país el mejor terreno para desplegar la obsesión francesa, y europea, por la decadencia, de la patria, de la sociedad y hasta de los individuos. Y el «desastre» de la Guerra de Cuba haría el resto, generando toda una literatura abocada a la idea de la degeneración y muerte de la nación y de la raza. Fue ese el momento en que algunos, especialmente los relacionados con la Institución Libre de Enseñanza, apostaron por una regeneración de la patria que debía descansar más en la escuela, que habrían de formar al pueblo inexistente, que en las Cortes. Y hasta se deslizaron las apelaciones, con distintos calificativos, al «hombre» salvador. Costa no fue, desde luego el único, pero sintetizó como pocos estas percepciones acerca de una regeneración que había de pasar por la escuela, la despena, la europeización y, llegado el caso,

por el «cirujano de hierro». Tal vez por ello, y por su influencia posterior, el personaje podría haber sido objeto de una mayor atención por parte del autor. El cual acierta plenamente al tiempo, sin embargo, cuando constata que es precisamente en estos momentos de la crisis secular europea y del relato de la agonía de la nación española cuando emergen los intelectuales con tal nombre. Y que lo hacen, además, desde la férrea conciencia de su absoluta oposición a la plebe o muchedumbre para la que no se ahorrarán calificativos despectivos de ningún tipo. Son estos intelectuales o, al menos, algunos de ellos, los *noventayochistas*, los que llevarán al extremo la conciencia de su diversidad, tanto respecto de la plebe como del mundo de la política. Los que asumen la tarea de «protestar y agitar» como «conciencia de una multitud» que ya no es pueblo, porque, como se subraya muy oportunamente, ese término viene reservado para un pueblo más o menos eterno y metafísico, pero que en cualquier caso tiene poco que ver con el real, el que puede observarse por los campos y ciudades españolas. Por el camino, como también precisa el autor, la culminación del relato de España en clave de tragedia venía a sustituir la vieja idea liberal de que la libertad era la condición para la redención del pueblo por un «radicalismo anarquista o conservador y hasta reaccionario que no esperaba del futuro sino el retorno de lo mismo o la aparición de un salvador» (p. 96).

No era, desde luego, la única de las respuestas posibles a la percibida imagen de la decadencia de la patria. Y si hay que lamentar en este punto la escasa atención prestada a otros intelectuales y otros relatos, más allá de los de regeneracionistas y noventayochistas, hay que constatar a un tiempo otro de los grandes aciertos del texto. Tal es que el autor dedique un capítulo —lo que no es demasiado usual— a otro «gran relato», el que se viene constituyendo por entonces en Cataluña. Con unos intelectuales, aquí, que si bien parten de la

misma idea de la muerte y la resurrección de la patria, terminarán por proyectar lo primero sobre España y lo segundo en, y a partir, de Cataluña. Son los intelectuales catalanes que asumirán una tarea distinta, la de «despertar a la nación dormida» para convertirse en «artífices de la identidad nacional». Y que lo harán, además, desde una percepción radicalmente distinta, optimista, de su entorno catalán y con una bien trabada concepción de su papel que les separa notoriamente de los anteriormente considerados: son hacedores de cultura, pugnan por conquistar en ese plano la hegemonía, consiguen entrelazar tradición y positivismo y tienen bien claro tanto su papel en la articulación de diversas fuerzas sociales como el imprescindible lugar de la política. Se trata, subraya el autor, de la historia de un éxito, por más que aún quedara mucho por hacer: «No se conocía en España un grupo de intelectuales que, actuando colectivamente, hubiera resultado tan exitoso como ellos: despertaron una nación y, en lugar de irse a dormir o vacar, la dotaron de instituciones que tuvieron buen cuidado de controlar» (p. 136).

También en el resto de España los intelectuales que siguieron a la generación del 98 tomaron una deriva distinta a la de estos. Con la figura de Ortega como referencia, se vieron a sí mismos y vieron al país de un moco distinto. Al considerarlos, el autor pone buen cuidado —lo que lejos de resultar superfluo, parece todavía hoy absolutamente necesario— en advertir que actúan sobre un medio cambiante, una sociedad española más abierta y dinámica, embarcada en un rápido proceso de transformación económica, social y cultural. Tampoco los intelectuales serían ya los mismos. No son ya sólo literatos, sino que hay científicos, profesionales, gentes de una amplia formación, abiertos a los vientos culturales y científicos de Europa. España era el problema y Europa la solución, diría Ortega. Pero si este era diagnóstico, tenía también bastante que ver con una experiencia personal y de su genera-

ción. España seguía siendo «el problema», en lo que, por cierto, no había gran diferencia con la generación anterior, como tampoco lo habría en la percepción de una distinción radical entre los intelectuales y la masa. La diferencia estribaba en que ahora se retomaba el contacto con la tradición liberal, quebrada por la generación anterior en un aspecto sustancial, como vía de salida a ese problema: el relativo precisamente a la europeización (p. 153). Esta generación tomaría, además, con Ortega, la metáfora de las dos Españas, que no era en absoluto nueva, pero que ahora se proyectaba en la retórica de las dos políticas, la vieja y la nueva. Y, en el centro, trabajando por la España viva y la política nueva, los intelectuales, constituidos ahora ya como un nuevo sujeto colectivo, «la intelectualidad» —precisa el autor—, concebida como una minoría selecta, encargada de «penetrar, educar y conducir a la masa». Todo un programa del que se derivarían una serie de actitudes políticas no siempre coherentes. El autor las estudia de forma siempre convincente para constatar al fin que algo había fallado, que no era el éxito lo que había coronado la empresa. De donde ese refugiarse orteguiano en un «compás de espera», que implica una renuncia a la intervención del intelectual en la política tanto como una nueva visión pesimista de una historia de España, constituida en sí misma, de la mano del Ortega de *España invertebrada* en la historia de una decadencia. Llegados a este punto el autor resalta pertinentemente dónde radica el núcleo del pesimismo orteguiano: en la existencia de una enfermedad consistente en la negativa de las masas a seguir a la minoría rectora. Un aspecto que, seguramente por su importancia y trascendencia, hubiera merecido un tratamiento algo mayor. Tanto como el relativo a su posterior evolución.

En los capítulos siguientes, se analizan otras opciones, aquellas que oscilaron entre la «propuesta de un partido de intelectuales y la entrada de intelectuales en

partidos ya actuantes en política». La difícil articulación de los intelectuales con un partido socialista, que desarrollaba otro gran relato, el de la clase obrera y el internacionalismo, más que el del pueblo o la nación, deja pronto paso en el análisis del autor al de aquellos intelectuales que, como Azaña, hicieron de la acción directamente política un elemento esencial de su carácter de intelectuales. En este sentido, el autor señala con toda claridad lo que distanciaba a Azaña de los intelectuales del 98 y de Ortega. Durísimo en la valoración de los primeros, desde una nítida reivindicación de la democracia, la acción política y el Estado, difiere también de Ortega tanto por su apreciación positiva de la multitud como por su firme decisión de no permanecer al margen de la acción política. Más aún, en sus polémicas con unos o con otros, con Costa y Ganivet, especialmente, Azaña habría llegado a articular un gran relato de la historia de España que diferiría tanto de estos como, en aspectos sustanciales, de la tradición liberal. Sobre todo cuando revertía el relato historicista y nostálgico de las Comunidades, para presentarlas como una revolución moderna frustrada por la acción de la clase nobiliaria, tanto como lo sería la revolución liberal unos siglos después por la defección de la burguesías. En este sentido, el análisis del autor resulta sumamente esclarecedor para entender adecuadamente el modo en que Azaña actuaría a partir de esa «encrucijada de todos los caminos» que se habría dado en 1930: constituyendo un partido, apostando por la revolución popular y democrática y en la que el pueblo entendido como una alianza entre la burguesía liberal y el proletariado se pondría en pie como auténtico soberano. Una idea, sin duda feliz, la de «encrucijada», porque es desde ella desde donde puede entenderse también la respuesta de otros intelectuales que, como Ortega o Unamuno, seguirían caminos diversos. Caminos que, por cierto, el autor renunciará a explorar sucesivamente.

Año crucial también el de 1930, junto con el de 1931, porque entonces alumbraría una nueva generación de intelectuales cuya conciencia se vería trastocada precisamente por los acontecimientos que se suscitaron entonces. Intelectuales más jóvenes que habrían empezado interrogándose por cuál podía ser su función para encontrar entonces la respuesta en su vinculación al pueblo, respecto del cual tendrían o sentirían el deber de interpretarlo para ponerse a su servicio. Aunque se menciona aquí a intelectuales que seguirán distintas tendencias políticas, el eje se desplaza hacia el análisis del escaso éxito del relato comunista de la revolución, bien que seguido por el éxito del relativo al antifascismo. Con la guerra, el relato de los que están comprometidos con la República habría alcanzado visos de unanimidad en la visión de un pueblo en armas contra el invasor. Un pueblo heroico y anónimo, pues, junto a unos intelectuales que se conciben a sí mismos como «voz del pueblo», intérpretes de lo que «el pueblo crea pero no es capaz de expresar». Se tratará casi del último acto de aquel relato de la decadencia y fracaso de España en el que el pueblo sería la última instancia, como diría María Zambrano, lo «único que nos queda» (p. 270). Penúltimo acto, en efecto, porque el autor considera que con el desarrollo desastroso de la guerra este gran relato del pueblo heroico en lucha contra el invasor iba a dejar paso a otro, al «llanto por la Madre España», una elegía a la España traicionada y desgarrada del que iba a aflorar una suerte de nuevo patriotismo, el de unos intelectuales que empezaban a verse ya como «los últimos hijos de la tierra», de la Madre España (p. 274).

El fin de la guerra deja el espacio libre a otros intelectuales, los católicos, que venían lamentando la hegemonía en la España de las primeras décadas del siglo de los otros intelectuales, los que para ellos habían protagonizado lo contrario de lo cristiano y lo español. A ellos dedica el autor los capítulos siguientes, para constatar

cómo redefinen la manera de ser intelectual, tanto por sus objetivos —reconquistar para Cristo la sociedad y el Estado— como por el modo de articularse en una organización de selectos, como, en fin, en su firme voluntad de pasar a la acción. Totalistas unos, los próximos a Acción Española, y gradualistas los otros, los hombres de la ACNP y de la CEDA, difieren en la estrategia pero convergen a la hora de transformar la vieja metáfora de las dos Españas en el mito de la España y la Anti-España del que se derivará una voluntad de limpieza que tendrá como objetivo arrasar con toda una tradición considerada como espuria y extranjera (p. 296). En esta tarea brillarán los mejor colocados en el nuevo Estado, los monárquicos de Acción Española, mucho más dispuestos a abrazar, por lo demás, cuanto fuera necesario del fascismo para fortalecer su propio proyecto total, que no era otro que la restauración de la monarquía católica y tradicional. Sólo que en este objetivo iban a tropezar con otros rivales, también católicos, los falangistas, que poseían su propio proyecto total, la instauración de un Estado totalitario, en este caso.

En esta especie de conflicto a tres bandas, los intelectuales gradualistas se mostrarían especialmente eficientes a la hora de penetrar, de conquistar el nuevo Estado, y lo harían desde una nueva redefinición del modo de ser intelectual, la de su integración y control, como minoría selecta, del brazo secular de la jerarquía eclesiástica, Acción Católica, para ocupar desde allí ministerios y cátedras, hasta encontrar la recompensa de la entrada de estos católicos en el gobierno de 1945. Para cuando esto suceda otros intelectuales, los falangistas habrían jugado y perdido muchas de sus bazas. Y en este punto el autor se muestra tan claro como explícito a la hora de precisar la misión que se asignaban a sí mismos estos intelectuales fascistas, la de «construir un Estado totalitario para realizar la unidad de la patria al servicio de un destino universal». Al preci-

sar lo que había de inequívocamente fascista, totalitario y, por ende, neta y virulentamente antiliberal en estos intelectuales falangistas, el texto entra inevitablemente en confines polémicos. No podía ser de otro modo si se tiene en cuenta la supervivencia, continuamente renovada, del mito de un «falangismo liberal», que lo habría sido por su voluntad de integración, bien que parcial, de la cultura de los vencidos, de la herencia cultural de signo liberal. Y si se considera, igualmente, que en esta actitud de recuperación protagonizada por los Laín, Tovar y Ridruejo, por la revista *Escorial* se ha querido apreciar una suerte de continuidad de la tradición liberal que andando el tiempo habría terminado por contribuir incluso a la futura cultura democrática. El autor se muestra aquí categórico para mostrar que la integración y recuperación parcial de los vencidos no era sino una voluntad de apropiación selectiva sólo inteligible en el marco del proyecto antiliberal y totalitario, fascista e imperial, propio de todo fascismo. No se viene a desconocer así la mayor apertura cultural de este sector respecto de la furia exterminadora de los hombres de Acción Española, pero se constata con acierto que ésta, y no otra, era la postura fascista, en España como en Italia (p. 351).

Con los mismos o similares protagonistas se iba a librar la siguiente batalla entre los intelectuales del régimen. De una parte, los falangistas que habían protagonizado antes la experiencia de *Escorial* y sufrido, entonces, su primera derrota; de otra, los continuadores de Acción Española enriquecidos con la nueva savia del Opus Dei. Una nueva generación esta última, que representaría a su vez otra nueva manera de ser intelectual, con nuevos lugares de encuentro, las residencias de la obra como espacio de sociabilidad, y la conformación de una especie de «comunidad de santos» claramente orientada a la ocupación de posiciones de poder para desarrollar y controlar toda una política cultural. De nuevo aquí el autor analiza

con solvencia y precisión las posiciones de los Laín, Tovar y Ridruejo, los «comprensivos» de la España como problema, y la de sus antagonistas, los Calvo Serer y Pérez Embid, los «excluyentes» de la España sin problema. En este sentido acierta plenamente al constatar que las líneas generales del debate seguían caminos no del todo nuevos: la recuperación selectiva de la tradición liberal y secular española al servicio de su propia causa, en un caso; el cerrado anatema frente a aquella, en el otro. Y ningún atisbo de evolución liberal ni democrática en ninguno de los dos. Ni tampoco en Ruiz Jiménez, el ministro aliado de los «comprensivos». La habrá después, precisa acertadamente el autor, cuando unos y otros hayan perdido ya su última batalla. Primero, Calvo Serer y su tercera fuerza a la altura de 1953; tres años más tarde, se afirma, aunque de una forma no del todo convincente, los «comprensivos», que se habrían derrotado a sí mismos. Fue entonces cuando, a través de unos procesos perfectamente analizados por el autor, estos evolucionaron hacia la democracia. Y fue también entonces, cuando los «excluyentes», ya sin Calvo Serer, pero sí con López Rodó, se transmutaron en tecnócratas. Para alumbrar, según el autor, la gran paradoja, consistente en que fueran miembros de una institución como el Opus Dei quienes generaran un lenguaje político secularizado, que no democrático, el de la reforma de la Administración y el desarrollo económico (pp. 395-396). De este modo, a través de la crisis y posterior evolución hacia la democracia de unos intelectuales y de la secularización del discurso de los otros, se habría llegado según el autor al fin de los grandes relatos. Tanto como al fin de la figura del «intelectual católico», en el caso de los tecnócratas, y al inicio de una vuelta al sentido original del vocablo intelectual en el de los antiguos falangistas (pp. 396-397).

En el último capítulo, el autor recrea los caminos a través de los cuales se generaría la nueva disidencia política y afirmaría el lenguaje de la democracia. Ésta es ya

la historia de una nueva generación, la de los jóvenes que han creído en las retóricas de la revolución, la renovación y la integración de los comprensivos, pero que en el brutal choque con la realidad vendrán a descubrir que aquellas eran unas retóricas vacías y que, peor aún, sus «maestros eran de barro». Serán muchos de estos jóvenes los que vendrán a engrosar la intelectualidad comunista, marxista, configurando así uno de los fenómenos más sugerentes y, en cierto modo, sorprendentes de la vida intelectual bajo el franquismo. Crucial y determinante para el autor sería que en tal viaje estos jóvenes, junto con muchos otros, se reconocieran en el lenguaje de la reconciliación nacional, previamente asumido por diversas fuerzas de la oposición y del que el Partido Comunista iba a hacer su bandera. Pero el lenguaje de la reconciliación, que era el de la democracia, suponía también el final de los grandes relatos sobre la Guerra Civil y, más en general, de los grandes relatos en tanto que tales, porque, concluye el autor, la democracia simplemente los destruye (p. 462).

Se cierra así un recorrido tan apasionante como brillante por las historias de las dos Españas a lo largo de los dos últimos siglos. Un recorrido que tiene además el gran mérito de su coherencia metodológica a la hora de articular en todo momento la relación entre un sujeto cambiante construido al efecto, «los intelectuales» y los discursos, los relatos que generan. Merced a ello el texto se configura como una obra necesaria e imprescindible. Una gran obra que, por serlo, abre todos los espacios al debate y la crítica. Porque, en efecto, un trabajo de este calado no puede sino partir de unas opciones metodológicas que el lector puede o no compartir. Del mismo modo, la profundización en los análisis, la voluntad de abandonar caminos trillados y el hecho de arrojar luz nueva sobre viejos problemas no pueden sino desafiar otros puntos de vista, otras construcciones. Pero esto, la capacidad para arrojar luz y generar debate, es —o

mejor, debería ser— el ABC de la historiografía.

Desde el punto de vista metodológico, la coherencia se traduce en brillantez, riqueza y fecundidad. Pero esto, que es intachable y, desde luego perfectamente respetable, presenta, como toda opción, sus límites. Así, el afán de estudiar a los intelectuales y sus textos en su momento preciso sin forzar reconstrucciones de «pensamientos» o «ideas» de autores en sus trayectorias personales o entre autores de distintas épocas, puede librar efectivamente al estudio de determinismos, anacronismos y construcciones *ad hoc*. Pero, tratándose de una historia de historias de dos siglos, esto puede dar lugar a una compartimentación de los capítulos. Compartimentación sólo aparente, porque, como es sabido, reconstrucción siempre la hay. Y esta sólo puede venir, bien de un mapa mental previo del autor, bien de una pretendida articulación espontánea de la sucesión de intelectuales y relatos. Lo que abre distintos y sucesivos interrogantes que sería ocioso desmenuzar aquí, pero que podrían resumirse en la disyuntiva que aprecia a veces el lector en el sentido de no saber muy bien si en determinados momentos, es el «gran relato» elegido el que determina la construcción del sujeto «intelectual» del momento —¿por qué unos y no otros?— o si, en otros, es el sujeto intelectual previamente elegido el que determina la construcción de los relatos de nuevo ¿por qué unos y no otros?

La opción elegida podría conllevar también ciertos problemas que merecen una reflexión. En este sentido podrían apuntarse tres. El primero de ellos, aunque casi inevitable por la magnitud de la obra, es una cierta carencia de diálogo con algunas de las aportaciones de la historiografía sobre los diversos momentos históricos, desde la revolución liberal hasta el franquismo. El segundo remite a una cierta propensión a analizar las grandes construcciones españolas, las «historias de las dos Españas», en clave puramente española sin

profundizar en el hecho de que este tipo de «historias» son también las «historias» de otros países y, sobre todo, en la existencia de nexos que remiten necesariamente a la historia del pensamiento contemporáneo, del europeo al menos. El tercero apunta, en una línea similar, a la probablemente escasa profundización en las construcciones ideológicas de fondo que conspiran los distintos y sucesivos relatos, algo que se nos antoja imprescindible para captar las líneas de continuidad y de cambio en los sucesivos relatos; lo que podría valer, por ejemplo, tanto para las sucesivas apariciones de Ortega, como para las que recorren esa línea de pensamiento, rica, compleja, entrecruzada con un sinnúmero de variaciones y permutaciones, pero línea al fin, que va de, digamos, Menéndez y Pelayo a López Rodó.

Inabarcable sería en estas líneas el capítulo de las posibles observaciones acerca de todos y cada uno de los capítulos de la obra: todos y cada uno de ellos, precisamente por su riqueza, pueden —deben— generar un debate en sí mismos. Y esto es, desde luego, lo mejor que se puede decir de toda obra de historia y, por tanto, de ésta. Por eso mismo, me limitaría aquí a apuntar, lo que se me antoja, a la vez, lo mejor y lo más discutible del libro: el momento del fin de los «grandes relatos». Tal vez el lenguaje de la reconciliación y la democracia haya puesto definitivamente fin a los mismos. O tal vez no. Y en este caso estaríamos también ante otro «relato», éste del autor. Pero, por no ser éste un «gran relato» en las connotaciones negativas de Lyotard, sino una gran propuesta historiográfica que ofrece una visión de conjunto, esto es algo que no podemos, estemos o no de acuerdo, sino agradecer. Al fin y al cabo, si de algo va careciendo nuestra historiografía de modo crecientemente alarmante es de la ambición de construir visiones de largo alcance de nuestra historia contemporánea.

Ismael Saz

BLANCO RODRÍGUEZ, Juan Andrés (Ed.); *Zamora y Castilla y León en las migraciones españolas*, Zamora: Diputación de Zamora, Junta de Castilla y León, Centro UNED de Zamora, 2003, pp. 333.

La migración como alternativa laboral individual ha sido una de las constantes estructurales más destacadas de la sociedad contemporánea. Los flujos migratorios han adoptado una escala masiva hacia diversas áreas económicas americanas y europeas y, en el caso de este libro, peninsulares que en varios períodos y con variable intensidad demandaron fuerza laboral adicional. La importancia de las migraciones en la interpretación de la historia contemporánea deriva de sus alcances cuantitativos y de su consideración como factor socio-económico estructural, por lo que su análisis resulta básico en la interpretación de la evolución del conjunto de la realidad social contemporánea que se trate.

En estos tiempos de negación de las fronteras, de Norte y Sur, de desigualdades sociales cada vez más abismales y de esperanzas cumplidas o incumplidas en países ajenos, los procesos migratorios vuelven a estar en el punto de mira de los analistas sociales, como manifiesta Charles Tilly al afirmar que «la historia de la emigración europea es la historia de la vida social». Así pues, son los propios procesos migratorios lo que se convierte en el hilo conductor, en la temática aglutinadora de este libro coral, más que colectivo, dirigido por uno de los mejores conocedores de las migraciones contemporáneas de la provincia de Zamora, Juan Andrés Blanco Rodríguez, profesor de Historia Contemporánea de la Universidad de Salamanca y Director del Centro de la UNED de Zamora.

El pacto, en el mejor de los casos, o la imposición del silencio sobre realidades desgajadas de la Historia oficial y oficiosa de los pueblos se rompe en este trabajo a favor de la recuperación de la memoria de aquellos que, desplazados, caen en el olvido de una historia escrita desde el país

abandonado, relegando al olvido a aquellos que debido a la situación de miseria extrema, a la generación de un posible mito del Dorado, o simplemente a la necesidad de buscar en otros horizontes lo que no pudiera encontrarse en estos, han debido abandonar las tierras que les vieron nacer.

El presente trabajo parte, se conjura, se recrea, en favor de la recuperación de una memoria indispensable que permita un mayor conocimiento de la realidad de una provincia, la zamorana, tradicionalmente exportadora de mano de obra. Realidad migratoria estrechamente engarzada en su ámbito regional de la actual Comunidad Autónoma de Castilla y León.

La contemporaneidad de un proceso que se repite bajo nuevas características ha llevado a su editor, Juan Andrés Blanco, no sólo a publicar esta obra que pretende adentrarse en las temáticas más actuales y preocupantes de la historia social, económica y política reciente, sino que ha abierto toda una línea de investigación de la que el presente trabajo no es más que un inicial fruto, fruto convertido en la excusa y horizonte de una docena de investigadores de gran prestigio que, sin lugar a dudas drenan, divulgan y proponen nuevos interrogantes a dichos procesos migratorios.

La divulgación, la capacidad de síntesis viene de la mano de uno de los grandes conocedores de la emigración española al Norte de África y a Europa, Juan Bautista Vilar, catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Murcia, quien, en compañía de María José Vilar, también profesora de Historia Contemporánea de la Universidad de Murcia, realiza un útil artículo que encabeza, incidiendo en los ciclos migratorios a Europa, un compendio de estudios que descansan en temáticas más concretas.

Al artículo de Juan Bautista Vilar y María José Vilar le sigue el conciencioso, como todos los realizados hasta ahora por el autor, trabajo de Eufemio Lorenzo Sanz,

Doctor en Historia de América y en su momento profesor de la Universidad de Valladolid, quien maneja amplísimas fuentes documentales para acercarnos a la emigración de castellanos y leoneses a América durante los siglos XVI y XVII, siglos y proceso en el que éstos mostraron una principal relevancia, y en los que los zamoranos dejaron su importante impronta.

Juan Andrés Blanco, junto con Sergio Riesco, profesor este último de la Universidad de Extremadura, se adentran en el tema, siempre dificultoso, de los ciclos y causas del propio proceso migratorio, aunando teorías que serán secundadas por un artículo no menos importante firmado por Patricia Marenghi, quien nos ofrece un amplio trabajo en el que se muestran datos y reflexiones de gran valía sobre la emigración de zamoranos y salmantinos a la Pampa argentina.

También el asociacionismo tiene cabida en esta obra, de la mano de Alejandro E. Fernández, investigador y profesor que, desde la Universidad argentina de Luján, se ha convertido en uno de los grandes especialistas de los procesos asociacionistas de la emigración española en su país.

De los ciclos, asociaciones, de las grandes reflexiones sobre los procesos migratorios pasamos, gracias al trabajo colectivo de Jorge Saborido, profesor de la Universidad de Buenos Aires, y Silvia Tchordonkian, al interesantísimo análisis microhistórico de la labor de dos zamoranos emigrantes en Argentina dedicados a la distribución y venta de queroseno y a la reparación de aparatos de radio, ofreciendo un estudio de detalle, de vida, que da voz a los protagonistas de la migración zamorana.

Sin embargo, no es sólo Argentina, aunque sea uno de los países de mayor concentración migratoria española en América, el único país latinoamericano sobre el que se detiene este completo libro. También la emigración zamorana a la Vene-

zuela de los siglos XIX y XX es expuesta por Juan Andrés Blanco y Miguel Ángel Perfecto García, profesor de la Universidad de Salamanca, o la Cuba de este pasado siglo, trabajada por Coralía Alonso Valdés, investigadora Titular del Archivo Nacional de Cuba, quien ofrece datos de gran relevancia sobre la presencia castellano-leonesa en la isla, desde los tiempos coloniales y postcoloniales hasta los últimos años.

Y así como Venezuela y Cuba cierra el estudio de las migraciones interoceánicas al continente americano, M^a Ángeles Martín Ferrero aporta al análisis del proceso migratorio de Zamora dentro de las migraciones castellano-leonesas, la pormenorizada investigación de una ingente información cuantitativa sobre las migraciones interiores protagonizadas por toresanos durante la segunda mitad del siglo XX.

Como podemos observar, son pocas las temáticas que han quedado fuera del estudio que reseñamos: asociacionismo, historia de vida, migraciones históricas y contemporáneas, exteriores e interiores, etc., tienen cabida en este trabajo que, de mano de Juan Andrés Blanco, ofrece una luz que, como decía con anterioridad, pretende drenar lagunas de conocimiento ofreciendo análisis y reflexiones que son de gran relevancia para conocer la historia de esta región zamorana, de sus movimientos poblacionales, de sus deseos, nostalgias y aspiraciones.

Jesús de Juana López

MORALES MUÑOZ, Manuel (ed.): *La Segunda República. Historia y memoria de una experiencia democrática.* Málaga: centro de Ediciones de la Diputación Provincial de Málaga, 2004.

En el mundo historiográfico, la celebración de aniversarios supone siempre una buena excusa para interesarse o revi-

sar un determinado acontecimiento o la biografía de un personaje. En esta ocasión, con motivo del 70º aniversario de la proclamación de la Segunda República se celebraron en Málaga en 2001 una serie de conferencias sobre aquel período. Tres años después ven la luz ese ciclo de intervenciones protagonizadas mayoritariamente por profesores andaluces, que responden a diversas cuestiones de dicha etapa democrática.

En los últimos años, las interpretaciones sobre la Segunda República se han visto reforzadas por la cuestión de la memoria. Durante toda nuestra etapa democrática, el recuerdo público de los vencidos en la Guerra Civil se había llegado a olvidar casi por completo debido al pacto de silencio de la Transición, que supuso cerrar las heridas de los años pasados mirando únicamente hacia adelante. El mutismo amnésico provocado por esta situación ha degenerado en el efecto contrario hace muy poco tiempo, desatando el empeño de varias asociaciones y de numerosos historiadores por recuperar la memoria colectiva del bando silenciado durante más de medio siglo. Este libro apunta en esa dirección, dedicando a ello dos capítulos que apremian por reavivar las memorias y fortalecer la Historia para no olvidar: «el pueblo que olvida su historia está condenado a repetirla». Desde una visión global y más teórica Jacques Maurice analiza esta cuestión; por su parte, Manuel Morales se centra en el caso concreto de Málaga para estudiar la evolución del imaginario republicano desde su creación a partir de nuevas figuras o los símbolos de 1873, su destrucción y condena a partir de marzo de 1937 y su vaga y lenta recuperación en nuestro período democrático.

Y como éste no es sólo un libro de memoria sino también de historia, los otros cinco capítulos que componen esta obra colectiva abarcan dos temáticas diferentes: la política y la social. La primera, viene determinada por un sucinto estudio de Cristóbal García sobre el sistema electoral

y el sistema de partidos, así como por una revisión de la figura del presidente Niceto Alcalá-Zamora hecha por José Luis Casas Sánchez.

A juicio del primero, la combinación de un sistema electoral fuerte con un sistema de partidos débil llevó a la quiebra del sistema republicano. Cristóbal García estudia las anomalías producidas por un mecanismo que primaba las coaliciones y que determinaba que resultados similares en las urnas obtuvieran un desequilibrio en su traducción a escaños.

El interrogante de José Luis Casas sobre las razones de la proclamación como presidente de la República de Alcalá-Zamora parten de las contradicciones que presenta el personaje dentro del marco del propio sistema de gobierno: su reciente republicanismo y sus precauciones desde el centro-derecha para evitar el signo revolucionario del nuevo sistema, además de su revisionismo de la Constitución.

Por otra parte, los títulos de temática social se refieren a la conflictividad campesina, al papel de las mujeres y al sistema educativo. Los tres trabajos encajan bien en esa visión de la República como cambio hacia el progreso con el consiguiente choque con la realidad y los oportunos obstáculos de épocas anteriores: celos de las clases propietarias por un lado, persistencia de prejuicios morales y religiosos por otro, o incluso las dificultades materiales para llevar a cabo una gran parrilla de reformas.

El primero y más extenso de estos estudios —abarca más de una cuarta parte del libro— lo firma un especialista en la materia, Francisco Cobo, quien desarrolla la situación de los jornaleros andaluces y su difícil ajuste con la nueva legislación.

Encarnación Barranquero y Lucía Prieto hacen una interesante exposición sobre el cambio que supuso el advenimiento de la República en las mujeres. El análisis se basa en el ámbito del trabajo y de la vida cotidiana.

La modernización del sistema educativo es tratada por Emilio Ortega, quien dedica su artículo a enunciar las medidas propuestas por los ministros del primer bienio para mejorar la educación en España.

En conjunto, siete estudios de diferente cariz temático pero con un mismo y marcado propósito: reconocer a la Segunda República como una experiencia democrática en la que se produjeron cambios muy significativos y cuya imagen debe ser recordada y reivindicada desde la memoria colectiva. Una respetable intención que, sin embargo, está definida por una visión algo «rosa» en la que se evita tratar —con la excepción del trabajo de Cobo— las grandes contradicciones y turbulencias ocurridas en este período. Sin embargo, esta observación crítica no resta mérito al trabajo que aquí reseñamos, ya que su virtud mayor radica en dibujar una impresión veraz e históricamente impecable de varios aspectos de la República, alentando además a recordar esta época desde una óptica serena y una merecida justicia para quienes pusieron todas sus ilusiones en ella.

Hernán Rodríguez Velasco

BINNS, Niall: *La llamada de España. Escritores extranjeros en la Guerra Civil*. Barcelona: Montesinos, 2004.

La llamada de España es un libro novedoso. Su autor, británico de nacimiento, profesor titular de Literatura Hispanoamericana en la Universidad Complutense de Madrid, es además poeta. Este hecho confiere una singularidad determinante al propósito que se ha querido dar a esta obra, que es la de conjugar dos materias afines pero muy distintas: la literatura y la historia. En estos tiempos en los que la interdisciplinariedad va apropiándose de las investigaciones en casi cualquier materia,

se agradecen muestras como ésta para constatar que el método funciona realmente. No se trata de una novela histórica ni estamos ante un relato ficticio basado en un contexto real. El libro es una gran investigación que se asienta sobre un tema ya explorado anteriormente pero que encuentra aquí su mejor y más actualizada síntesis —su introducción es una magnífica muestra de ello.

La obra es una panorámica general sobre aquellos autores foráneos que de alguna manera se vieron influidos por la Guerra Civil Española y trataron de plasmar sus vivencias en escritos. Cada autor es presentado con sus motivaciones, sus actuaciones y las consecuencias literarias o ideológicas que sufrió a cuenta de la contienda española.

De los autores estudiados muchos son bastante populares: Hemingway, Dos Passos, Sartre, Koltsov, Malraux, pero también se encuentran figuras «menores» o menos conocidas como John Sommerfield, Ralph Fox, Elliot Paul o Dorothy Parker.

Con la mecha de la Revolución Rusa más viva que nunca y la abigarrada sucesión de acontecimientos que se cocían en Europa en aquella época, España se convierte en julio de 1936 en el mejor catalizador de las utopías revolucionarias y de la defensa de ideales contrapuestos. La «llamada» es respondida desde prácticamente todas partes del mundo. Miles de personas se aprestan a dejar todo en sus lugares de origen y marchar como voluntarios o brigadistas a defender causas universales que se debaten mortalmente en nuestro país. Entre ese numeroso grupo de voluntarios se encuentran escritores. Algunos vivieron la guerra desde su casa, en su país; pero la mayoría vino a España o le pilló aquí la guerra. De estos, muchos lucharon, otros dejaron su huella en el famoso «Congreso de Escritores Antifascistas» o hubo a quien se le destinó como periodista a cubrir las incidencias del caos bélico. Sea como fuere, la impronta que dejó la guerra en estos individuos se materializó durante o

después del período 1936-1939 en diversas obras que hoy tienen un doble valor: histórico y literario.

De esta valía saca Niall Binns el material para acercarnos mejor a ese pasado. Lejos de ser un manual de historia de la literatura, *La llamada* podría servir para adentrarse desde un punto de vista diferente al estudio de la Guerra Civil. Tiene la virtud de leerse a modo de introducción o muestra de estas fuentes de primera mano, con que los historiadores «descubriríamos» una buena veta de documentos cuyo estudio —no filológico— quizá diera con matices o con datos que los archivos u otras fuentes consideradas no literarias no llegan a ofrecer. Las sugerencias que se derivan del estudio de las obras literarias son infinitas y en ocasiones retratan con mayor veracidad que los propios partes de guerra la situación en los frentes o en la retaguardia. Resaltar y ayudar a conocer mejor estas fuentes primarias es la aportación más valiosa que un filólogo como Binns puede hacer a la comunidad de historiadores.

El autor hace un recorrido por la geografía literaria de la época dividiendo a los autores en tres compartimentos: los pertenecientes a las democracias (Reino Unido, Francia, Estados Unidos), los que escribían en dictaduras totalitarias (Alemania, Italia, Unión Soviética) y los que respondieron a la llamada española desde Latinoamérica (Chile, Ecuador, México, Perú, Argentina y Cuba). Este criterio sirve para ordenar de alguna forma una jungla de novelistas y poetas que bien podían haber sido distinguidos por su adhesión a la causa nacional o la republicana. Esta parcelación hubiera supuesto una desigualdad abrumadoramente favorable al bando leal, pues la implicación antifascista en favor de las libertades o en pos de otra revolución fue más fuerte en la mayoría de los autores extranjeros de la época. Ello supuso, en ocasiones, cerrar los ojos ante los errores comunistas (Neruda) o abrirlos definitivamente (Orwell). Pero también significó

legitimar una causa que parecía justa y noble, basada en los reclamos modernos de igualdad, libertad y fraternidad. Con ello se reabre el viejo debate sobre el compromiso de la intelectualidad en favor de determinadas causas políticas, pero que el autor rehuye esta vez.

No obstante, debido a su lectura ligera y amena y a la frescura del tema, estamos ante una obra muy recomendable y de gran valía académica. Su conclusión final es que la guerra española no dejó a nadie indiferente y la coral de voces literarias que cantaron sus miserias desde todas las ideologías encontró el tono exacto para entonar una música que sigue sonando casi setenta años después.

Hernán Rodríguez Velasco

MATEOS, Abdón: *De la guerra civil al exilio. Los republicanos españoles y México. Indalecio Prieto y Lázaro Cárdenas.* Madrid: Fundación Indalecio Prieto, 2005.

El apoyo del Gobierno del presidente mexicano Lázaro Cárdenas a la República española durante la Guerra Civil y la posterior acogida de miles de refugiados españoles en suelo mexicano es un tema que ha suscitado gran interés en la historiografía sobre el exilio español de 1939. Esta vez, Abdón Mateos, siguiendo la estela de las últimas investigaciones sobre el exilio, alejadas del sentimentalismo, nos presenta un trabajo novedoso en cuanto a la utilización de fuentes y su tratamiento, no sólo en el contenido de su obra y la aportación de nuevos datos, sino también en la revisión de los debates suscitados alrededor de la política mexicana referida a la España republicana y a la política del exilio español propiamente dicha.

El propósito de Mateos consiste en esclarecer las razones profundas de la ayuda y la solidaridad mexicana hacia los republicanos españoles y fijar las dimensiones de

esa solidaridad, pero sin dejar de lado los problemas y las contradicciones que se produjeron. En muchos trabajos anteriores sobre el tema, se describe y explica la solidaridad mexicana sin ir al momento de su gestación, como si la acción de Cárdenas hacia los refugiados españoles, la cual merece toda la admiración y el reconocimiento, fuera algo que apareció de forma espontánea y sin explicación previa. Abdón Mateos nos da cuenta de los antecedentes del exilio, de las relaciones entre los socialistas y republicanos españoles y los mexicanos post-revolucionarios durante las primeras décadas del siglo XX que confluirán en una identificación y una comprensión política e ideológica mutua, cuyo resultado será la solidaridad durante la guerra española y el exilio antifranquista, y la ulterior mitificación de esta solidaridad en la memoria y la cultura política oficial del régimen revolucionario institucionalizado.

En cuanto a la documentación estudiada, cabe mencionar la ingente cantidad de fuentes en las que Mateos ha basado su trabajo. A lo largo de toda la obra nos encontramos con una exhaustiva utilización de fuentes primarias, algunas estudiadas por primera vez, como es el Archivo de la Fundación Indalecio Prieto. El autor ha recopilado información de distintos archivos y bibliotecas, tanto en España como en México, fuentes de diverso carácter (diplomáticas, correspondencia, personal), tanto impresas (documentos y prensa) como orales (entrevistas). Sin embargo, las fuentes no le permiten trazar con la misma profundidad las relaciones entre los sectores negrinistas del socialismo y el republicanismo español, y del PCE, con la izquierda nacionalista y obrera mexicana, profundidad que logra en las relaciones de ésta con los sectores prietistas.

La obra se divide en seis capítulos. En el primero, el más novedoso por el contenido, Abdón Mateos pretende estudiar las relaciones políticas e intelectuales entre los

republicanos españoles y la élite de los regímenes post-revolucionarios mexicanos, rastreando el establecimiento de estas relaciones desde el comienzo de la Revolución mexicana y, sobre todo, con la proclamación de la II República española. Nos presenta la visión que cada uno de estos grupos tenía sobre el otro, es decir, lo que los republicanos y socialistas españoles pensaban de la marcha de la revolución mexicana, y lo que significaba la República española para los post-revolucionarios mexicanos; la «verdadera independencia social de América» y la «verdadera liberación del orden imperial», respectivamente.

El autor nos quiere hacer entender el choque que se produjo con la llegada de los exiliados a México, tanto para éstos como para la sociedad de acogida, suponiendo un cambio en la visión del otro. Ello no impedirá la progresiva acomodación, con dificultades al principio, de los republicanos españoles al régimen mexicano, constituyéndose en un factor más de legitimación de la cultura política oficial del PRI.

El núcleo principal de la investigación (capítulos II, III y IV), donde se aportan multitud de datos nuevos, se abre con la última fase de la Guerra Civil, cuando se comienza a plantear la emigración de españoles hacia México. Cobra vital importancia la sintonía de las dos personalidades políticas protagonistas de este trabajo, Indalecio Prieto y Lázaro Cárdenas, cuyas acciones y pensamientos ayudan a explicar la misión de ayuda a los exiliados que desde México desarrolló Prieto entre 1939 y 1943, y la utilización del nombre de México y de la diplomacia mexicana para sortear las trabas internacionales y de guerra hacia la República española.

Se tratan en el texto las negociaciones para evacuar a los refugiados en Francia; las rivalidades entre los líderes socialistas, Prieto y Negrín, sobre todo relacionados con la lucha por el control de los recursos de las organizaciones de ayuda; la improvisación en las políticas de acogida y el

fracaso de los intentos de colonización de tierras por los exiliados; el acomodo, distribución y financiación de los refugiados; la confrontación de éstos con la colonia española de emigrantes; los problemas de competencias entre el SERE, la CTARE y la JARE y las distintas políticas de evacuación vistas desde los diferentes actores; y la actuación mexicana frente a las autoridades de Vichy, entre otros muchos aspectos.

También se reabren los debates historiográficos en torno a la suspensión de las evacuaciones desde Francia en el verano de 1939, el caso de los niños de Morelia, la cuantía de los fondos del «Vita», la selección de la emigración política hacia México o la intervención mexicana de los fondos de la JARE. En definitiva, Abdón Mateos evalúa de manera positiva las gestiones de Prieto en los distintos niveles de la ayuda a los refugiados, convirtiéndose en el «embajador oficioso» de la España republicana en México, hasta que en 1942, con la presidencia de Ávila Camacho, la JARE es intervenida.

En los siguientes capítulos (V y VI) se analiza la política española de México y la propia política del exilio español entre 1943 y 1946, período en que se establecen las bases de la política a seguir en los años sucesivos. La política española de México trató de realzar los contenidos antifranquistas hasta convertirse en el adalid mundial de la causa de los republicanos españoles, tanto por solidaridad ideológica como por una cuestión de prestigio internacional. En cambio, la restauración de las instituciones republicanas en el exilio estará marcada por una serie de crisis intercaladas por pequeños éxitos desvanecidos en el tiempo, que poco a poco provocarán que las relaciones entre la República española en el exilio y los gobiernos mexicanos se reduzcan a homenajes mutuos. Mientras, se constituye el «modus vivendi» de la política mexicana hacia la España de Franco, el cual combina la ruptura diplomática, el no reconocimiento del gobierno franquista y el mantenimiento de las relaciones

comerciales y culturales, con la conversión de lo republicano español en parte de la cultura oficial del México priista, postura que se mantuvo hasta 1977.

Arantxa Díaz-R. Labajo

SÁNCHEZ RECIO, Glicerio y TASCÓN FERNÁNDEZ, Julio, (eds). *Los empresarios de Franco. Política y economía en España, 1936-1957*. Barcelona: Crítica, 2003.

El análisis de la política económica permite aclarar aspectos fundamentales de las relaciones entre el Estado y la economía, observar los grupos que se beneficiaban de la aplicación de determinadas políticas y el grado en que el Estado y sus agentes utilizaron el ejercicio del poder en la búsqueda de su propio beneficio. En el franquismo este análisis debe comenzar señalando la primacía que la política tuvo sobre la economía, que implicó que la política económica fuera diseñada pensando en la consolidación del nuevo Estado. Ahora bien, una vez conseguido esto, los individuos del Estado se ocuparon de conseguir apoyos al régimen y, para ello, procuraron repartir prebendas en todos los sectores económicos, de manera que estos años se caracterizan por la irracionalidad de la gestión empresarial privada, toda vez que los beneficios no estuvieron ligados a una buena gestión, sino a la mayor o menor influencia en los centros de poder.

El diseño de la política económica cubrió en líneas generales las expectativas de los grupos de interés más poderosos. La política económica que el nuevo régimen llevó a cabo durante el primer franquismo tuvo como premisa fundamental la consecución de la autarquía a través de la sustitución de importaciones y la creación de una sólida capacidad productiva. La mayor parte de los criterios adoptados y de los

instrumentos económicos empleados descansaron sobre esos supuestos.

La colaboración entre los historiadores de la economía y los contemporaneistas da sus frutos en los trabajos recopilados en este libro. Los autores centran su atención en diversos aspectos que tienen como tronco común las interrelaciones entre los empresarios y la dictadura franquista, que contribuyen a profundizar en la política económica desarrollada por el régimen durante sus dos primeras décadas.

Estos trabajos se pueden estructurar en torno a varios núcleos, comenzando por un estudio de tipo introductorio y teórico —«El franquismo como red de intereses»— de Glicerio Sánchez Recio, que analiza la red de intereses formada por la imbricación de políticos franquistas y empresarios; y cómo éstos sirvieron de apoyo al régimen para consolidarlo.

La «gran empresa» se aborda por Francisco Comín y Pablo Martín Aceña en «La política autárquica y el INI» y por Albert Carreras en «La gran empresa en España durante el primer franquismo». Los primeros insisten en la función del INI como factor de creación de grandes empresas y el segundo en el cambio de panorama que ofrecían las grandes empresas en España, particularmente en lo que se refiere a su nacionalización y a la presencia mayoritaria de las empresas públicas y de capital mixto. Con estos dos trabajos se establece el marco en que se desarrollaron las relaciones de los empresarios con los responsables directos de la política económica y de la economía del régimen franquista.

Otro capítulo importante es el dedicado a las «empresas financieras» que aborda Gabriel Tortella y José Luis García Ruiz en «Banca y política durante el franquismo», y Rafael Anes en «El Banco Herrero y el desarrollo político de Asturias en la posguerra». Los primeros exponen el compromiso adquirido entre las empresas financieras y el régimen franquista desde la Guerra Civil y el desarrollo del mismo seguido entre las coordenadas de la regu-

lación estatal, de la que la banca obtuvo importantes beneficios, y la tendencia natural hacia la libertad económica. El estudio que realizan los autores sobre el Banco Hispano Americano y el Banco Central ilustra perfectamente este planteamiento. Rafael Anes expone la función que cumplió el Banco Herrero en la recuperación económica de Asturias tras la Guerra Civil, ligado a los sectores del carbón y de la energía hidroeléctrica.

Un núcleo más amplio es el que engloba a los principales sectores económicos. Carlos Barciela trata de «El lobby agrario en la España franquista», colocando en situación preferente al Servicio Nacional del Trigo, que actuó como mecanismo principal de la intervención del Estado en el sector agrario y, a la vez, como el instrumento de defensa de los intereses de los grandes propietarios. Gregorio Núñez Romero se encarga de «Las empresas eléctricas», haciendo hincapié en las limitaciones del sector por la escasez de la producción, el alto coste de las instalaciones y el afán intervencionista del Estado, que desconfiaba de las empresas privadas y perseguía la construcción de la red nacional. Moisés Llordén Miñambres estudia «El nacimiento de los grandes promotores inmobiliarios en España, 1939-1960», analizando el proceso de sustitución que se da desde la figura tradicional del promotor-inversor de edificios hasta la aparición del promotor inmobiliario moderno profesionalizado. En este proceso actuaron grupos sociales e individuos que gozaban de privilegios, ejercían influencias, presentaban afinidades o que ocupaban puestos en el aparato burocrático del aparato franquista. Roque Moreno Fonseret analiza «Las industrias de transformación: las empresas del calzado», estudiando, en primer lugar, las dificultades del sector en los aspectos técnicos, financieros y comerciales, refiriéndose después a la demanda de protección al abrigo del intervencionismo estatal y desvelando, por último, la función ejercida por el Sindicato de la Piel, que actuó como un fuerte

grupo de presión, a cuya gestión se debió el conseguir importantes grados de libertad.

La actuación de los empresarios se aborda dentro de tres estudios, uno de carácter general y dos de ámbito regional. Eugenio Torres Villanueva en «Comportamientos empresariales en una economía intervenida», partiendo de un análisis sobre empresarios pertenecientes a distintos sectores económicos, afirma cómo los empresarios centraron su actuación en cubrir los expedientes administrativos obligatorios para la realización de sus actividades, pero sobre todo en eludir los perjuicios que para ellos tenía todo el entramado intervencionista y en buscar ventajas a través de relaciones personales con las autoridades franquistas. Pere Ysàs en su estudio sobre «Los empresarios catalanes» analiza su comportamiento desde tres puntos de vista: su actitud al final de la Guerra Civil, cuyo agradecimiento y adhesión al régimen fue mayoritaria; la asociación de los empresarios dentro del Sindicato Vertical, al que controlaron a través de las Juntas y Secciones Económicas; y su relación con el régimen político, sobre el que intentaban influir, sobre todo en las políticas social y económica. Manuel González Portilla y José María Garmendia abordan la cuestión de «Los precios oficiales y clandestinos en Bilbao» y a través de éstos del comportamiento de los empresarios vascos, que comprende al mismo tiempo su compromiso con los organismos y la política social y económica del régimen, por un lado, y por otro su actuación pública y oficiosa en los mecanismos del mercado negro.

Por último, hay que reseñar dos trabajos referidos a las inversiones extranjeras. Xan Carmona Badía trata «La minería española del Wolframio», y explica cómo la explotación del Wolframio fue una actividad coyuntural, sobre todo durante la Segunda Guerra Mundial y la Guerra de Corea, en la que intervinieron entidades financieras como el Banco Pastor y el Banco Fierro, y varios personajes con

influencia en el Ministerio de Asuntos Exteriores y que mantenían una relación estrecha con la familia Franco Polo. Julio Tascón Fernández analiza el «Capital internacional en España, 1936-1959» afirmando, en primer lugar, las lagunas existentes en el conocimiento de esta cuestión, sugiriendo la necesidad de más investigaciones sobre historias de empresas para conocer mejor la importancia de los flujos del capital exterior y estudiando, por último, la interrelación de la política económica y las empresas partiendo del análisis de la ayuda americana y de los préstamos exteriores, durante y después de la Guerra Civil.

Esta obra colectiva es el fruto de un conjunto de rigurosas investigaciones sobre las relaciones entre los empresarios y los políticos durante el primer franquismo. La variedad de aspectos que se analizan en los trabajos aquí recogidos enriquece la historiografía sobre la política económica del Estado franquista. El producto final se presenta como esencial para la comprensión no sólo del primer franquismo sino del desarrollo posterior de la dictadura.

Javier Rodríguez González

DE LA GRANJA SAINZ, José Luis: *El siglo de Euskadi. El nacionalismo vasco en la España del siglo XX.* Madrid: Tecnos, 2003.

Es raro el día en que el llamado «tema vasco» no se asoma a las portadas de algún periódico, a alguna tertulia radiofónica o a la mesa de un telediario. La razón que eleva al ámbito vasco a la categoría de noticia casi diaria suele relacionarse con su nacionalismo —a través de sus dos variantes: política y terrorista— y el encaje de aquella sociedad dentro del Estado. Aunque lejos de presentar diferencias sustanciales con el resto de España, el nacionalismo «inventado» por Sabino Arana hace más de

cien años ha redefinido en gran medida la última centuria en el País Vasco al querer éste identificarse con el pasado más reciente de dicho territorio. Buena parte de este «mérito» ha correspondido al PNV, que a lo largo de su existencia supo convertir una idea estrafalaria en un auténtico movimiento social, en palabras de Santiago de Pablo.

De esta sorprendente transformación y de su implicación en la reciente historia vasca y española se ha derivado la necesidad de un estudio serio y objetivo del nacionalismo como fenómeno histórico-social. No es casualidad que las mejores obras de investigación hayan surgido precisamente de profesores universitarios del País Vasco: Javier Corcuera, Antonio Elorza, Jon Juaristi, Santiago de Pablo, Ludger Mees o Fernando de Meer, por citar sólo algunos. José Luis de la Granja, catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad del País Vasco, es otro reconocido especialista y quizá el más prolífico en obras de dicha temática. Aprovechando esta fecundidad surgió el libro que aquí reseñamos: se trata de un compendio de artículos ya publicados anteriormente por este autor en diferentes revistas o libros colectivos —uno de ellos, por cierto, editado en esta misma revista (vol. 18, 2000)—.

El hecho de ser una obra formada a partir de otras publicaciones no resta valor ni mérito a este libro. Antes bien, la elección de los artículos está muy bien meditada para dar una coherencia interna a este proyecto. Los diecisiete capítulos tienen la particularidad de que pueden leerse de manera independiente o seguidos pues el hilo conductor que los vertebra está bien tramado. El libro se divide en cinco partes: una primera sección muy general en la que se intenta hacer un panorama básico del nacionalismo vasco durante el siglo XX; la segunda parte dedicada al nacionalismo en la Restauración; la tercera resuelve el período de la Segunda República y la Guerra Civil; la cuarta hace hincapié en la situación actual y la última parte se dedica

a hacer un balance sobre la historiografía del nacionalismo vasco.

Es una variada recopilación en la que, por ejemplo, se mezclan estudios sobre las alianzas políticas entre los nacionalismos periféricos con apuntes sobre la prensa nacionalista vasca. Destacan por su número y calidad los estudios sobre el período 1931-1937, sobre todo por la original manera de plantear la evolución nacionalista a través de tres personajes diferentes: José Antonio Aguirre, Manuel Irujo y Justo Gárate.

Los capítulos dedicados al momento actual son dos lúcidas miradas que analizan críticamente la deriva nacionalista de Estella, y la parte dedicada a la historiografía reconoce con justicia las aportaciones de sus compañeros investigadores en los últimos años: *La patria de los vascos*, *El péndulo patriótico* y *El PNV durante la II República (organización interna, implantación territorial y bases sociales)*.

Se echa de menos una atención más exhaustiva a la época de la Restauración (sólo dos capítulos), al período primorriverista (pecado general de toda la historiografía expiado hace poco por *El péndulo patriótico*) y a los años de Franquismo. Por otra parte, la unión de textos de diversas procedencias hace inevitable la repetición de determinadas reflexiones, sin que ello implique una reiteración pesada.

Entre los aciertos de este libro cabe destacar por encima de todo la perfecta síntesis que se hace sobre el tema, lo que convierte a *El siglo de Euskadi* en una obra de referencia para todos aquellos que quieran acercarse por primera vez al estudio del nacionalismo vasco. Pero también para los ya iniciados en esta cuestión puede constituir un útil servicio, debido, entre otras cosas, a la bibliografía que acompaña cada capítulo y que demuestra la riqueza de investigaciones existentes.

La coherencia formal que toma el libro de José Luis de la Granja se debe sobre todo a una selecta elección de los textos y a que todos han surgido de la

pluma de un mismo autor. En este caso concreto supone además una ágil escritura y por lo tanto una amena lectura.

Con todo, *El siglo de Euskadi* puede entenderse como un botón de muestra de la obra de José Luis de la Granja, lo que conlleva implícitamente el reconocimiento de toda su numerosa y fértil labor como historiador del nacionalismo vasco y de sus claves aportaciones a la historiografía del País Vasco.

Hernán Rodríguez Velasco

GUEREÑA, Jean-Louis: *La prostitución en la España contemporánea*. Madrid: Marcial Pons, Ediciones de Historia. SA, 2003.

La acción política en pro de la igualdad de las mujeres se ha convertido en tarea prioritaria de nuestros gobernantes en un proceso legislativo que pretende hacer desaparecer cualquier tipo de discriminación de las mujeres en la sociedad. En la actualidad se percibe en España una sensibilidad especial ante los problemas relacionados con la condición femenina, que va desde la propia formación del gobierno socialista de J. L. Rodríguez Zapatero en el 2004, en el que se busca la paridad de hombres y mujeres como valor ejemplarizante para el conjunto del país, hasta la elaboración de una serie de leyes encaminadas a evitar tratos discriminatorios o vejatorios para las mujeres.

Es cierto que toda esta concienciación, que se percibe en nuestra sociedad, no incluye de momento una preocupación significativa por la prostitución ni en el ámbito legislativo ni social, salvo esporádicas reivindicaciones de carácter profesio-

nal por parte de asociaciones de prostitutas que dirigen sus demandas hacia problemas de carácter laboral o sanitario; las denuncias de un sector de la opinión pública del abuso que realizan las mafias dedicadas a la trata de blancas, principalmente en el mundo de la inmigración y las protestas de ciertos ciudadanos contra las prácticas del ejercicio de la prostitución en lugares públicos y en horarios comunes, (jardines, parques, carreteras en las salidas de las ciudades).

El interés por el tema empieza a ser relevante en las ciencias sociales, incluyendo el campo de la historia, a partir de los años setenta y es entonces cuando se empiezan a plantear ciertos problemas teóricos y metodológicos de cómo abordar estos estudios. La bibliografía sobre el tema es desde entonces muy amplia y se puede encontrar información abundante en internet en los centros de estudio dedicados a la mujer donde nos brindan una fácil ayuda: Biblioteca del Centro de Documentación Alecrín, cuya página es: <http://www.alecrin.org/prost.htm> o la del Ayuntamiento de Barcelona, por citar solamente algunas de las muchas que existen: <http://www.cird.bcn.es/castella/einfor/einfor6.htm>.

La revista *Studi Storici* publicó en 1981 un estado de la cuestión sobre la historiografía de la prostitución del historiador Renzo Villa¹. El propio Guereña publicó en 1997 un nuevo balance historiográfico para el caso español en la revista de la Asociación de Historia Contemporánea, «*AYER*»². En 1998 F. J. Vázquez publica una selección bibliográfica en el libro que él mismo coordina³. Todos estos trabajos han puesto de manifiesto el interés del tema en el ámbito de la historia social.

Los trabajos de historia de la prostitución se han abordado desde hace bastante

1. VILLA, R.: La Prostitución como Problema Historiográfico. En *Studi Storici*. No. 2. 1981, p. 305.

2. GUEREÑA, J. L.: La Prostitución en la España Contemporánea. En: *Ayer*. No. 25. Madrid: Marcial Pons, 1997.

3. VÁZQUEZ, F. J.: *Mal Menor. Política y representaciones de la prostitución. Siglos XVI-XIX*. Cádiz: Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 1998.

tiempo por diferentes disciplinas, con lo que es obligado fijar las necesarias comunicaciones entre ellas. La medicina, el derecho penal, la sociología, la literatura... se han ocupado del tema, pero en el campo específico de la historia se ha investigado sobre la prostitución principalmente desde perspectivas vinculadas a la historia de la mujer, de la vida cotidiana, del crimen y de la marginalidad. Los trabajos sobre la prostitución se pueden situar claramente en el campo de la historia social en la línea de la tradición anglosajona de la historiografía de «la gente corriente» o, si se prefiere, de «la historia popular» como reclamaba E. Hobsbawm, quien pretendía «hacer sitio a la historia de la gente común, de los hombres y las mujeres corrientes», y que, como ha señalado P. Burke, tiene claros antecedentes en el gusto por lo popular del romanticismo en el sentido de dar cabida en la historiografía a los sectores marginales de la sociedad. Por supuesto que el interés por los estudios sobre la prostitución tiene mucho que ver con los trabajos sobre la historia de la mujer, o las matizaciones que sin duda aportan estos estudios a los trabajos sobre la familia, la sexualidad, y los hábitos de comportamiento de la sociedad desde la óptica de los clientes de la prostitución⁴.

Los estudios sobre la prostitución en España han cambiado de planteamiento desde los años ochenta y es a partir de entonces cuando se supera la visión reglamentista de la prostitución y se preocupan por analizar esta realidad desde ópticas que la interrelacionan con el conocimiento de la sociedad. Como ha dicho el propio Guereña, son cada vez más habituales los análisis realizados desde una perspectiva sociológica, en los que se pretende cuantificar las prostitutas, realizar una correcta tipología, estudiar la procedencia geográfica, los lugares donde se ejerce la actividad, las edades y las actitudes sociales. La combi-

nación adecuada de todas estas variables nos va a permitir comprender este fenómeno social y ver cómo ha ido evolucionando.

El punto de partida de Jean-Louis Guereña, para elaborar el estudio del proceso histórico de la prostitución contemporánea en España es, en palabras del autor, «la necesaria inserción de la prostitución en el conjunto de la historia de la sexualidad, aún en ciernes para la España contemporánea. La historia de la prostitución va, en efecto, mucho más allá de la historia de las poblaciones marginadas como a veces se la reduce. Existe claramente una oferta y una demanda prostitucional en la España contemporánea, y es en este marco social en el que debe estudiarse, a nuestro parecer la prostitución».

Jean-Louis Guereña elabora un excelente estudio con una abundante documentación y comentarios biográficos de ciertos personajes que ilustran el trabajo y que son de agradecer para el lector (Antonio Cibot, Magín Berdós y Blasco, Patricio de la Escosura y muchos otros merecen un comentario siempre interesante). Analiza el fenómeno a través de las condiciones jurídicas en las que se desarrolla la práctica de la prostitución en España, se detiene en un trabajo minucioso de los momentos y tendencias prohibicionistas, abolicionistas y reglamentaristas desde finales del siglo XVIII hasta la actualidad. El libro de Guereña es un análisis concienzudo con un nivel de investigación y trabajo que impresiona por su volumen y el rigor en el tratamiento de las fuentes que maneja. Es uno de esos estudios que se hacen con la clara intención de avanzar en un campo nuevo. El autor ha seguido todos los pasos que la comunidad científica entiende como correctos. Había analizado y publicado el estado de la cuestión, había presentado en Congresos y Debates científicos los avan-

4. DEBATES SOBRE LA PROSTITUCION (1986. Valencia) Debates sobre la prostitución: Valencia 16,17 y 18 de enero '86 / Institut Valencià de la Dona. —Valencia: Institut Valencià de la Dona, D.L. 1990—127 p.; ISBN 84-7890-046-2.

ces de sus tesis, había publicado artículos y ponencias sobre el tema y termina el proceso científico con la publicación de este libro que integra todas sus experiencias anteriores. Es lógico que su trabajo incorpore mucha información que procede de fuentes muy diversas, desde la normativa legal hasta la literatura costumbrista y realista donde aparece el tema de la prostitución rodeado de connotaciones sociológicas que aprovecha el autor para acercarnos al conocimiento del burdel y el papel que este representa en la sociedad como lugar de iniciación en la práctica sexual con la complacencia de una sociedad cuya moral lo rechaza. De este trabajo se deduce también la necesidad de elaborar otros análisis sociológicos a cerca de los burdeles y su clientela, o de los valores morales de una sociedad que considera normal el uso de la prostitución como práctica de iniciación sexual masculina.

La primera parte del libro de Guereña está dedicada al debate entre los higienistas y cronológicamente comprende desde el siglo XVIII hasta la mitad del XIX; en este periodo el debate se planteó desde la óptica de la salud y la preocupación se centró en las enfermedades venéreas conectadas con la práctica de la prostitución. En los inicios del XIX se vincula la prostitución con las actividades delictivas y se incluye en el código Penal de 1822: la legislación quiere controlar la prostitución y recluirla a ciertos barrios reservados que ya contaban con una cierta tradición. La polémica en la mitad del XIX sobre la prostitución se inclina hacia la tolerancia: «Tolerar, no autorizar» titula en un epígrafe Guereña. Después y hasta el capítulo cuarto, los problemas ligados a la reglamentación son los que mayor peso tienen en el análisis del libro.

Desde la publicación de las Disposiciones de Zaragoza en 1845 hasta el Decreto abolicionista de 1935, la prostitución está plenamente aceptada por la sociedad siempre que se desarrolle en ciertas condiciones morales y con el control

sanitario imprescindible para no poner en peligro los valores predominantes. Es cierto que esta actividad se mueve casi siempre en el límite de lo permitido y es considerada como una de las causas potenciales de problemas de todo orden; es por eso por lo que las autoridades locales y nacionales pretenden controlarla de cerca para evitar posibles desmanes. En general son los servicios de salud de ámbito municipal y provincial los encargados de un control directo de esta actividad.

La última parte del libro es la más interesante; en esas páginas Guereña estudia los aspectos relacionados con la sociología de las prostitutas, su procedencia social y geográfica, casi siempre local y humilde, alguna de las causas por las que estas mujeres se dedican a la prostitución, aquí se apunta a las criadas domésticas como el vivero potencial de la prostitución.

Y por fin el autor trata las tesis abolicionistas y cómo se introducen en España, proceso que culmina en 1935 con la prohibición legal de la prostitución. La propagación del abolicionismo se inicia en 1875 por Josephine E. Butler, sus ideas las defendieron en un primer momento pastores protestantes extranjeros durante la primera República, y las extendieron algunos republicanos vinculados a la masonería y al protestantismo. En 1902 se crea el Patronato Real para la Supresión de la Trata de Blancas, pero la mentalidad de tolerancia era la conciencia dominante en un país que continuaba entendiendo que la verdadera acción redentora de la prostitución debía realizarse en las Casas de recogidas y desde planteamientos moralizantes.

En el último capítulo Guereña analiza la prostitución durante la Guerra Civil: en ambos bandos aumenta la prostitución porque las condiciones favorecen el crecimiento. La guerra trae cierto relajamiento moral y el miedo a los contagios por enfermedades venéreas. Hubo ciertas diferencias en los bandos enfrentados: menos permisividad en la zona republicana (propaganda contra la presencia de milicianas

en el frente, clausura de burdeles) y mayor tolerancia en la zona franquista. El libro termina con un análisis de la prostitución en los años sesenta hasta la transición y ciertos comentarios a la problemática del tema en la actualidad.

Santiago González Gómez

RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, J.: *León bajo la dictadura franquista (1936-1951)*, Secretariado de Publicaciones y Medios Audiovisuales. León: Universidad de León, 2003.

A lo largo de los últimos treinta años, y en particular en la década de los noventa y en el tiempo transcurrido del nuevo siglo, los estudios que se han interesado por el tema de la dictadura franquista han experimentado un desarrollo espectacular. Ahí están para acreditarlo las innumerables publicaciones que en forma de libros o de artículos de revista han visto la luz, los numerosos congresos y seminarios realizados, las tesis doctorales leídas en universidades españolas y extranjeras, etc. Además, dichas manifestaciones intelectuales han alcanzado en no pocos casos unos niveles de calidad nada desdeñables.

El conocimiento que de la España de Franco tenemos, pues, en la actualidad es amplio y riguroso, pese a que sobre la misma existe un extenso campo por roturar. Y a alcanzar esta situación han contribuido la incorporación a la investigación de este tema de nuevas generaciones de historiadores, los nuevos enfoques teóricos y metodológicos que se han aplicado, los cada vez más diversos aspectos abordados y las mayores facilidades de acceso que los archivos nacionales y extranjeros han dado para poder consultar sus fondos documentales, a pesar de que algunos de ellos continúan poniendo todavía trabas burocráticas.

El libro que aquí se comenta es la tesis doctoral que, dirigida por el profesor Francisco Carantoña, el autor defendió en

2001 en la Universidad de León; y su configuración resultará difícilmente entendible fuera del contexto historiográfico con anterioridad referido. En sus páginas, Javier Rodríguez González se propone analizar la institucionalización de la dictadura en la provincia de León y el asentamiento de la misma en el seno de su sociedad. Parte muy certeramente para ello de la idea de que el Nuevo Estado supuso una ruptura importante con el Estado anterior y del hecho de que su conformación no llegó a ser un proceso totalmente ordenado. De esta forma cobra sentido el que la investigación pueda adentrarse en el descubrimiento de las peculiaridades que el proceso de imposición del franquismo tuvo en León. El trabajo arranca del momento mismo en que se produjo el golpe militar del verano de 1936 y concluye en 1951, fecha en la que el autor considera que el régimen inició una nueva andadura después de haber superado los años más difíciles de su existencia. El libro se centra, en suma, en la primera parte de la que desde hace algún tiempo hemos convenido sin mayores problemas en denominar como «primer franquismo». En fin, el trabajo tiene también muy en cuenta la situación política y militar en la que se desarrolló la provincia de León durante la Guerra Civil hasta que en octubre de 1937, una vez que el poder republicano perdió el control sobre su franja norte, quedara toda ella en poder de los sublevados.

El libro está construido con una gran coherencia a partir del planteamiento metodológico de seguir la proyección que los grandes procesos de configuración del franquismo en el conjunto de España tuvieron en la provincia de León. El autor, con semejante estrategia metodológica, demuestra tener un amplio conocimiento de la historiografía sobre el franquismo y no elude entrar en algunos de los debates que más la han caracterizado (como, por ejemplo, en el de la naturaleza del régimen). La concreción de la implantación y el desarrollo de la dictadura en León se ha

apoyado en la realización de entrevistas (fuentes orales), en la lectura de la prensa provincial (fuentes hemerográficas) y en la consulta de una variada documentación primaria (fuentes del Archivo General de la Administración, del Archivo Histórico Nacional, del Archivo Histórico Provincial y de diversos archivos municipales).

La implantación del franquismo en León se estructura en el libro a través de seis capítulos, que hacen referencia a la muy rápida toma del poder por parte del Ejército, con la consiguiente imposición de las nuevas autoridades a cargo en un principio del gobernador militar, a la represión, que llega hasta una institución privada como era la Fundación Sierra Pambley, al apoyo de la Iglesia, con el destacado papel del Diario de León, a la formación de FET y de las JONS, con los enormes problemas que su rápido crecimiento trajo consigo, al personal político, procedente en buena parte de formaciones antirrepublicanas, y a la oposición, en la que la guerrilla tuvo un peso especial (como ya se había encargado de demostrar Secundino Serrano).

El libro, que no es una historia de León en la primera etapa de la dictadura como de la simple lectura de su título pudiera desprenderse, supone, en definitiva, una rigurosa e importante aportación al conocimiento de la imposición del franquismo en el conjunto de la provincia. Sin embargo, lo que León representó (al igual que otras provincias de la España interior) en la dimensión nacional de dicho proceso no ha quedado suficientemente analizado ni valorado. Es esta una línea de investigación en la que el autor podría sin duda haber profundizado.

Manuel Redero San Román

PÉREZ DELGADO, Tomás: *Guerra de la Independencia y Deportación. Memorias de un soldado de Ciudad Rodrigo*. Ciudad Rodrigo: Centro de Estudios Mirobrigenses,

Ayuntamiento de Ciudad Rodrigo, 2004 (371 páginas y apéndice documental)

«En algunas circunstancias —apunta Baroja en el octavo tomo de sus *memorias*, recientemente editado— las impresiones de las vidas vulgares, contadas con exactitud y con detalles, pueden tener mucho interés y dar el carácter de la época con tanta exactitud como la de los hombres arriesgados y extraordinarios».

Las *circunstancias* a las que alude don Pío son las que usualmente acompañan a las épocas históricas definidas por grandes convulsiones o rupturas. Las guerras y revoluciones, fundamentalmente. Es en tales ocasiones cuando crece el número de personas corrientes dispuestas a explicar su posición en medio de acontecimientos tenidos por trascendentales, o a dar su visión de los mismos, o a narrar pormenorizadamente sus penurias, glorias o desgracias particulares; en definitiva, a dar lo que Baroja llama las *impresiones* de su *vida vulgar*.

Ese es el terreno clásico de los llamados *documentos personales*, a los que el autor del libro que nos ocupa ha prestado ya alguna atención. Hace tiempo publicó el *diario* de Ramón Costa Sou, responsable de 'Milicianos de la Cultura' en el XVIII Cuerpo de Ejército de la República en guerra. Más adelante hizo lo propio con una larga *relación*, debida a una humilde monja, sor Joaquina del Salvador, demandada del Carmelo salmantino durante la Guerra de la Independencia. Vuelve ahora Pérez Delgado a ese mismo período histórico, editando el manuscrito de un soldado que participó en la defensa de Ciudad Rodrigo y que, tras la caída de la plaza en el verano de 1810, fue deportado a la Francia Imperial junto con el resto de la guarnición, el clero local y los miembros de la Junta Suprema que dirigió la resistencia.

Ahora bien, el número de páginas del libro de Pérez Delgado —371— muestra que estamos ante algo más que una mera introducción destinada a ilustrar un texto

singular. En realidad, nos encontramos ante un amplio estudio sobre la Guerra de la Independencia, la deportación española al Imperio y —más en concreto— la suerte de los prisioneros de guerra mirobrigenses destinados a los campos de trabajo forzoso de la desembocadura del Escalda. Podríamos decir que la ocasión para llevar a cabo este trabajo ha sido la del *memorial* escrito en su deportación antuerpina por el prisionero de guerra Cipriano Calvo, antiguo artillero mirobrigense.

Este hombre tuvo el humor y el valor de poner por escrito, en un más que regular volumen, la memoria de cuanto vivió u oyó durante los trascendentales años de la Guerra de la Independencia. Obviamente, las opciones y jerarquías de importancia establecidas por el memorialista pueden no ser iguales a las nuestras. Pero ese es precisamente, y a un mismo tiempo, el límite y el valor como fuente de los documentos personales elaborados por *gente común*, como es el caso del soldado Cipriano Calvo.

Escrito en plena cautividad, y en el papel de los *livrets* que la administración de los campos entregaba a los prisioneros de guerra para que estos llevasen cuenta de sus trabajos y soldadas, el extenso memorial de Cipriano Calvo es el hilo conductor de la obra que reseñamos. Parte para ello su autor —modificando parcialmente la disposición cronológica del texto que le sirve de base— de la crisis sufrida por la monarquía absoluta española, que culminó en el intento de ocupación francesa y en la revolución nacional de la primavera y el verano de 1808. Fue en ese momento —según señalaron Toreno y Arce— cuando la naturaleza de los acontecimientos, sin abandonar su perfil político, lógicamente, se transformó en predominantemente militar. De ahí que el libro prosiga prestando la lógica atención a la guerra en sí y, dentro de ella, a las operaciones militares en el oeste peninsular, singularmente a la batalla del sitio de Ciudad Rodrigo, en 1810. Continúa después el

libro de Pérez Delgado con el estudio de las condiciones de la deportación de la guarnición mirobrigense, particularmente la de aquella parte que fue destinada a los trabajos forzados en Amberes. Y finalmente, casi a modo de colofón, y aceptando que sería en Amberes donde Calvo trabó contacto con alguno de los antiguos combatientes españoles en Dinamarca, pasa revista al episodio de la *rebelión* de La Romana.

Tan gran variedad de asuntos muestra que el trabajo que comentamos es ambicioso. Quizá en demasía. En primer lugar, a causa del laudable intento de buscar siempre establecer una conexión entre el plano de los acontecimientos internacionales y nacionales, que es el propio de la *gran historia*, y el nivel de la repercusión local de los mismos. En segundo término, en razón de un uso quizá immoderado de las fuentes literarias y memorialísticas, más propenso a la brillantez discursiva que al mantenimiento de la contención, necesaria para asegurar la coherencia y el equilibrio internos del texto. En tercer lugar, por mor de la voluntad de escribir una historia *por arriba*, centrada en la explicación política de la revolución y la guerra nacional, y al mismo tiempo, también una historia social, por la atención prestada a los factores económicos que influyeron en aquellos dos procesos, así como a su impacto sobre las diferentes clases sociales, particularmente *las de abajo*. Finalmente, por complacerse en dar vida a una *historia relato* —a veces incluso con cierto tono de provocación—, sometiendo para ello todo el trabajo a la horma discursiva de la narración; aunque no conviene olvidar, según ha señalado Santos Juliá, que el gusto por la narrativa y el empirismo historiográfico son síntomas más que evidentes de la importancia concedida a la historia social.

Desde este último punto de vista, es conveniente resaltar el interés prestado por Pérez Delgado a un apartado muy concreto de las condiciones creadas por la guerra y de los efectos sociales derivados de la

misma. Nos referimos al trato que las guerrillas y los diversos ejércitos dispensaron a la población civil española, así como al inhumano régimen aplicado por franceses y españoles a los respectivos soldados enemigos caídos en sus manos. Dentro de este epígrafe, merece mención aparte el capítulo dedicado al cautiverio antuerpino de gran parte —si no toda— la guarnición mirobrigense. Pérez Delgado, utilizando el fruto de su indagación en los Archivos Nacionales franceses, singularmente el de Vincennes, reconstruye su ubicación en diferentes campos o depósitos en la región de la desembocadura del Escalda, sus rutinas horarias y laborales, el sistema alimen-

ticio que se le aplicó, sus penalidades, el orden administrativo al que fue sometida, etc., así como la imposibilidad de vuelta a la patria decretada para aquellos cautivos por el gobierno restaurado de Fernando VII. Además, aquella guerra y aquellos campos aparecen claramente en el libro de Pérez Delgado en su real perspectiva: como jalones del proceso que, desde el inicio mismo del mundo contemporáneo, impulsa la actividad bélica hacia los derroteros de lo que en el siglo XX sería la *guerra total*.

Manuel Redero San Román